

DIÁLOGO CON MUERTOS

Cuando ese viajero incansable que fue Stendhal llegaba a alguna parte, preguntaba por la persona más desacreditada del lugar para intimar con él y conocer a través suyo la vida del pueblo y sus habitantes. De algún modo la existencia es eso: un lugar en el que se está de paso, por poco tiempo, unos cuantos interlocutores que nos han tocado en suerte y acaso también algunos, muchos menos, interlocutores electivos.

¿Con quién hablar? Desacreditados, locos, raros, pobres de espíritu, desesperados, libertinos, fracasados..., hay quienes eligen entre ellos sus interlocutores, preferencia que significa a la vez abjurar de la prepotente comprensión de la vida que forma un cierto sentido común, normalmente ignorante, a veces brutal, proclive al anatema y la condena de todo lo que no sea un reflejo suyo; un sentido común que en realidad nada busca comprender sino sólo perseverar en la buena conciencia. Pero acaso las posibilidades de interlocución no se agotan en quienes coinciden en el tiempo y el espacio.

Hace poco escuché esta historia: un grupo de personas que habitaban un país devastado, se reunió una noche de invierno en torno a la mesa de una cantina. Todos eran conocidos excepto uno, que llegó muy pobremente vestido y se sentó junto a ellos en silencio. Después de beber, alguien propuso que todos contaran su deseo más íntimo. De a uno, los allí presentes fueron hablando. El primero dijo que su deseo más profundo era recuperar el puesto de trabajo que acababa de perder; otro afirmó que el suyo era continuar los estudios que había debido interrumpir por no poder solventarlos; el siguiente deseó que cayera el gobierno y en particular un cierto ministro; un cuarto dijo que se conformaba con una pequeña casa para poder vivir con su familia, y así se fue cumpliendo la ronda. Todos dijeron su deseo mayor, excepto el desconocido

que permanecía en silencio.

¿Y usted? -preguntó alguien-. Yo -comenzó el hombre que nunca antes había sido visto en el lugar- quisiera ser ciudadano de un país en el que la vida merece ser vivida, un país sin delirios de grandeza, incluso pobre, justo, sin miseria, sin genocidas por las calles, sin cómplices de esos genocidas decidiendo el destino de la gente; un país en el que nadie sobre, en el que nadie sea considerado esclavo ni prescindente. Un país en el que no se consienta los prepotentes.

Y de pronto -prosigió el harapiento- todo se desmorona: los que siempre ganan regresan para llevarse lo poco que no se llevaron aún; se expande la miseria y la frustración entre los ciudadanos que incluso pierden esa condición. También yo lo pierdo todo: mi trabajo, mis estudios, mi casa... pero antes, al pasar por última vez delante de mi biblioteca, tomo un viejo libro de Murena y lo llevo conmigo. Camino durante días sin un cobre, hasta que llego a una cantina donde unos hombres se confían su deseo más íntimo. Eso es lo que deseo.

Después de la lógica pausa que siguió a tan extraño relato, alguien preguntó: ¿qué hubiera usted ganado con todo eso? Tendría ahora conmigo -respondió el desconocido- un libro de Murena.

No incurriré en el intento de explicar el significado de esta historia. Pero me resulta interesante la siguiente pregunta que, si mal no leo, se deriva de allí: ¿cómo se ven las cosas con los ojos de los que ya no ven? ¿Qué podría aportarnos un paciente diálogo con muertos? ¿Qué tienen los muertos para decir de nuestro presente desquiciado? ¿Existe ese diálogo de algún modo? ¿Qué otra cosa es la lectura de libros olvidados?

Se da cierta proximidad extraña entre un cementerio y una biblioteca, pues ante todo nos preexisten muertos y palabras -tal vez esa preexistencia sea la condición para que haya comunidad-. Como el gusto improductivo por la comprensión, el luto, la conmemoración y un constante diálogo con muertos resisten el encadenamiento al reino de los fines, se sustraen al destino instrumental que se abate sobre las ideas, enseñan que nuestra manera de vivir no es natural ni

necesaria.

Por el contrario, el mundo virtual en el que hemos entrado sin retorno es analfabeto y sin cementerio (por lo mismo, sin política): prescinde de la interlocución y de las palabras de los que ya no están. Se pierde para siempre la mediación entre los vivos y los muertos, se accede a una condición que el filósofo Alain Finkielkraut llama de "ingratitude". Pero esa ingratitude con quienes nos han precedido no nos libera, nos vuelve más ciegos, nos empequeñece.

En esta ciudad, en toda ciudad, vive un mendigo cuyo deseo mayor es un libro, un libro que tuvo y perdió ■